

Introducción

Alberto Sabio Alcutén

Universidad de Zaragoza

Esta entrega de *Ayer* profundiza en la adaptación del hombre al medio natural y del medio al hombre. Y es que, como anota J. Radkau, «uno se engaña a sí mismo cuando cree que podría, con las fuentes históricas, prescindir jamás del antropocentrismo»¹. Las relaciones hombre-naturaleza vienen marcadas por el tiempo de las transformaciones ecológicas, por las consecuencias no deseadas y por la percepción de las experiencias. E, inmersos en esta dimensión temporal, los historiadores tenemos gran cantidad de fuentes que pueden ser reinterpretadas bajo un prisma ambiental. Una mirada al pasado puede aclarar mucho de lo que determinados sectores de la opinión pública actual demandan. No se trata de absolutizar las variables ambientales², pero sí de utilizarlas como nuevas herramientas con las que resolver mejor los intentos de reconstrucción histórica.

Ya recordaba Michelet en 1831, en su *Introducción a la historia universal*, que «con el mundo ha comenzado una guerra que terminará

¹ RADKAU, J: «¿Qué es la historia del medio ambiente?», *Ayer*, núm. 13, 1993, pp. 122; más en profundidad, del mismo autor: *Natur und Macht. Eine Weltgeschichte der Umwelt*, 2000, Múnich.

² A veces es la sensación que dejan ciertos autores adscritos a lo que se califica como «ecología cultural», como STEWARD, o a la ecología neofuncionalista de VAYDA o al materialismo cultural de Marvin HARRIS. Son planteamientos que no subrayan suficientemente las condiciones históricas y sociales que de modo concreto articulan y ahorman cada sistema productivo y dan soporte a comportamientos culturales diferenciados en cada sociedad en su relación con la naturaleza.

con el mundo, y no antes: la del hombre contra la naturaleza». Y cuando Braudel analiza la historia como una dialéctica entre lo posible y lo imposible, asigna a la densidad de habitantes la tarea de hacer retroceder la extensión de los espacios hostiles y salvajes, a la técnica el poder de cambiar el mundo y, en una palabra, a las civilizaciones una misión encaminada a «domesticar» la naturaleza. En todos estos autores, el medio ambiente quedó reducido a un simple cuadro de las actividades humanas y no fue el principal objeto de investigación. En general, la historiografía tradicional contemplaba a la naturaleza como algo inmóvil en medio de los procesos sociales, como una especie de telón de fondo de *longue durée* braudeliiana. Si la Historia era una ciencia centrada en el estudio del cambio, esa naturaleza, en tanto que pasiva e inmutable, no tenía cabida como objeto de investigación. Desde la historia ambiental pretendemos rehabilitar a la naturaleza como agente histórico activo, aunque sólo sea porque el medio natural cambia más rápidamente de lo que nos pueda parecer, sobre todo si se alteran bruscamente los lazos recíprocos entre naturaleza y cultura en los diferentes sistemas.

La entrada en la «era industrial» supuso una auténtica revolución material y mental en las relaciones entre hombre y naturaleza. Numerosos observadores tuvieron la impresión de que el hombre podría franquear cualquier obstáculo impuesto por la naturaleza. Así se presentaba el modelo económico liberal, que triunfó a lo largo del siglo XIX y que va a prolongarse sin contestación hasta la década de 1920. Con una apuesta clara por los mercados autorregulados, la economía aspiraba a ser autónoma de la naturaleza, en medio de un clima de enorme confianza, marcado por el antideterminismo de Adam Smith y su creencia en el juego de la mano invisible como motor de la armonía social. En todo caso, del descubrimiento de la historicidad de la naturaleza se desprendió el enorme interés de Marc Bloch por los paisajes agrarios o el del otro fundador de los célebres *Annales*, Lucien Febvre, quien enfatizó las interacciones entre las sociedades humanas y el medio natural en su libro pionero *La terre et l'évolution humaine* (1922). Pero hubo que esperar a la segunda mitad del siglo XX para que se produjese un importante cambio de perspectiva: el de integrar al hombre en la biosfera y adoptar posiciones biocéntricas que plantearan el problema del medio ambiente como una cuestión social y no solamente científica o filosófica. Sobre esas posiciones ambientalistas convergieron distintas tendencias socia-

les de izquierda, desde la contestación política a la sociedad de consumo a cargo del movimiento estudiantil al acercamiento de gentes desconfiadas e impotentes ante las pesadas tendencias del Estado burocrático (plasmadas a veces en centrales nucleares), pasando por los vínculos con la espiritualidad orientalista (ideologías *New Age*), los contactos con los llamados «neo-rurales» o el compromiso feminista con el ecologismo.

No fue, efectivamente, hasta las décadas de 1960-1970 cuando las sociedades occidentales fueron capaces de pensar en tanto que ecosistemas, donde el objetivo prioritario no fuese el crecimiento económico puro sino la sustentabilidad. Solamente entonces fue posible una historia ambiental o una ecohistoria. Surgió, por un lado, un medioambientalismo más cultural, desinteresado, que actuaba como corrector de la economía pura, que defendía los espacios naturales, los protegía, los conservaba, podríamos decir que hasta los «indultaba»; reverdeció también, de otra parte, un ambientalismo más oportunista, interesado en no eliminar todos los bosques porque necesitaba regular económicamente los recursos. En realidad, no era nada novedoso si atendemos a lo que habían hecho históricamente muchas comunidades rurales campesinas. En cualquier caso, desde la historia ambiental reclamamos transversalidad al debate historiográfico, asumiendo como postulados mínimos para el análisis tanto las leyes de la termodinámica como el principio de coevolución entre los seres humanos y la naturaleza. Frente a los análisis parcelarios, se busca un enfoque eointegrador que camine, más allá de las variables monetarias, hacia el trasfondo físico y territorial de los procesos históricos.

Es ésta una propuesta que, por lo demás, está comprometida con una nueva ética económica normalmente catalogada como de desarrollo sostenible y que le otorga al quehacer del historiador un referente crítico frente a esa lógica dominante del crecimiento capitalista puro y duro, depredador de vidas humanas y naturales, que apabulla las conciencias. En este punto, desde luego, pueden ser notables las convergencias con ciertas lecturas de un marxismo crítico. Y, al mismo tiempo, la historia ambiental supone una introspección en el imaginario colectivo de una determinada época y en los sentidos culturales otorgados a esa relación del ser humano con los recursos naturales para generaciones futuras.

La historia ambiental implica en muchos casos, como observará el lector en las páginas siguientes, un retorno a la historia local enten-

dida como «historia del lugar». Es en un marco geográfico reducido donde cabe recoger las observaciones sobre el terreno para estudiar intercambios materiales y recursos ambientales, fuertemente condicionadas por el tipo de relación social y por el conocimiento de una comunidad sobre su entorno. Es en un contexto de pequeñas dimensiones donde puede considerarse mejor el papel activo y consciente de los actores sociales (los valores, los comportamientos, los significados, la representación que la gente tiene de sí y de la naturaleza, las mentalidades colectivas, la experiencia vivida) para, a partir de ahí, dar un nuevo impulso globalizador a la Historia. Y es que, en efecto, la globalidad constituye una condición esencial del discurso en historia ambiental, por mucho que el ámbito de estudio sea reducido. O, en otras palabras, se interesa por lo concreto a partir de este afán de globalidad. En esta dicotomía entre lo global y lo local, pocas cosas parecen tan claras como la dimensión finalmente universal de los fenómenos ambientales y la escala planetaria de los procesos de desertificación, de erosión, de agotamiento de energías, de nuclearización...

Es necesario, por tanto, aceptar el paradigma de la integración de las sociedades y de los ecosistemas. En esa dirección avanzan los ensayos reunidos en este monográfico, otras investigaciones que merecerían estar también y los *Encuentros sobre Historia y Medio Ambiente* celebrados hasta la fecha en España (Andújar, 1999; Huesca, 2001; Universidad Autónoma de Barcelona, 2002)³. Por ahí se le ha dado un nuevo impulso en España a la historia ambiental, aunque probablemente a muchos de los participantes en estas reuniones apenas nos preocupe lo de su encasillamiento científico ni lo de crear una nueva subespecialidad más -eso de poner adjetivo tras adjetivo detrás de la palabra historia-, sino más bien encontrar nuevas herramientas para comprender la interacción entre naturaleza, economía y cultura y para reorientar, desde un punto de vista ambiental, algunas interpretaciones hasta hoy sólidamente asentadas.

Este monográfico se abre con un trabajo de John McNeill, profesor en Georgetown University. Bajo el título de *El sistema internacional y el cambio medioambiental en el siglo XX* sostiene este autor que, en buena medida, fueron los riesgos para la seguridad los que aumen-

³ Como resultado de estos encuentros véase, entre otros, GONZÁLEZ DE MOLINA, M., y MARTÍNEZ ALIER, J. (eds.): *Naturaleza transformada. Estudios sobre historia ambiental en España*, Barcelona, Icaria, 2001.

taran la presión sobre el medio ambiente. Argumenta que la enorme ansiedad de seguridad en el siglo xx ha fomentado unos cambios medioambientales extremadamente rápidos y amplios desde 1900. Mectó la guerra en sí misma y la preparación para ella. Y apoya este razonamiento en la evidencia de la carrera por el armamento nuclear, en el fomento de una industrialización altamente contaminante, en la promoción de la natalidad o en los programas de construcción de carreteras, entre otros.

En los medios urbanos, fuertemente artificializados, es donde encontramos más tempranamente indicios claros de problemas ambientales. De los indicadores de insustentabilidad urbana y de su relación con los conflictos sociales se ocupa Joan Martínez Alier, uno de los pioneros internacionales en el cultivo de la historia ambiental. ¿Producen las ciudades algo de un valor conmensurable o comparable con la energía y los materiales que importan y con los residuos que excretan? ¿Cuáles son los conflictos ambientales internos en las ciudades, y es posible que puedan ser exportados a escalas geográficas mayores sin causar problemas?

Sin salir del entorno urbano, aunque desde otro enfoque, Eduard Masjuan explica en su artículo que la transición demográfica y la reducción de las tasas de natalidad en Italia y España no fueron procesos automáticos producidos exclusivamente por la industrialización y la urbanización sino que, en gran medida, fueron una estrategia reflexionada por los sectores obreros, especialmente anarquistas, ante la realidad sociopolítica de la década 1910-1920. Por ello el neomalthusianismo, con su defensa de la procreación consciente y su labor en favor de la divulgación de métodos contraceptivos, constituye un importante factor a tener en cuenta para comprender la transición demográfica de estos países.

La conveniencia de reintroducir las variables ambientales en el análisis demográfico y en el crecimiento físico de los individuos se subraya con especial énfasis en la aportación de José Miguel Martínez Carrión. En este sentido, utiliza la altura para evaluar el consumo de energía nutricional y, por tanto, el estado de salud y la calidad de vida. Como él mismo indica, y de acuerdo con los recientes estudios biomédicos y antropológicos, señala que la estatura es una expresión de la eficiencia biológica a un determinado medio y el resultado de un proceso de adaptación ambiental.

Pasando a temas más vinculados con la historia agraria, granero de muchos historiadores ambientalistas en España, uno de los temas

preferidos ha sido el de la evolución de los montes públicos y la supuesta «tragedia de los comunales». Por ahí avanza el artículo de Alberto Sabio, que profundiza en el discurso patriótico e identitario que construyó la Administración Forestal española a base de atribuirse en exclusiva la defensa y salvaguarda de los montes públicos y de acusar a las comunidades rurales campesinas de mala voluntad en el cuidado de los montes. En este sentido, la propia Administración Forestal favoreció la progresiva mercantilización del monte y la desarticulación del comunal. Finalmente, se ponen de manifiesto las respuestas conflictivas y las resistencias colectivas que desarrollaron los campesinos para mantener indemne su acceso a los recursos naturales y su subsistencia. Ello no quiere decir que los más pobres fueran ecológicamente inocentes, pero sí que, al apartar los recursos naturales del mercado, estaban más cerca de una economía ecológica, poco crematística y a veces próxima a la expresión thompsoniana de «economía moral».

Para situar a la agricultura española en el contexto europeo y valorar su capacidad para suministrar mano de obra, capitales y un mercado de consumidores para el sector industrial se ha utilizado casi siempre como único indicador el de los rendimientos medios por unidad de superficie. Y ahí no salía muy bien librada la cerealicultura española, en buena medida porque los condicionantes ambientales no tenían nada que ver con los de los agroecosistemas atlánticos del norte de Europa. Ahora bien, estos bajos niveles de productividad agraria se utilizaban como prueba inequívoca de atraso, al margen de otros parámetros como el valor nutricional o la eficiencia energética. Y de ese supuesto atraso agrario se derivaban otras patologías, como el analfabetismo, la ignorancia campesina, su maleabilidad política e incluso el inmovilismo de las sociedades rurales. El texto de M. González de Molina, G. Guzmán y A. Ortega propone un enfoque alternativo: analiza un agrosistema del sur de la Península Ibérica en términos de transformación de la materia y de balances energéticos, siguiendo de cerca los procesos del metabolismo vegetal, para acabar constatando una alta pérdida de sustentabilidad de las explotaciones agrarias capitalistas con respecto a las economías de base energética orgánica. Esta línea de pensamiento ya no constituye un fenómeno del todo marginal frente al todavía predominio de una praxis historiográfica sólidamente establecida sobre los principios liberales y la idea de progreso, discurso eminentemente justificativo de la evolución histórica de la técnica y de las relaciones de producción.

Todavía hoy sorprende percibir cuánta gente –y cuántos historiadores– piensan que los ecologistas no son más que unos catastrofistas, milenaristas y excéntricos que se dedican a asustar al personal, amenazando con cualquier tipo de males que nunca llegarán a ocurrir. Otros opinan, con cierto paternalismo bienintencionado, que son buenos chicos, simpáticos y bastante exagerados, que obran con una dosis de ignorancia y atrevimiento de adolescentes y a los que no hay que prestar demasiada atención. Y por último están los convencidos de que esto del ecologismo no es más que una moda pasajera, un sarampión inocente que pasará en seguida. Desde la historia ambiental no nos alegramos de que el discurso ecologista tenga razón. Ojalá no la tuviera. Ojalá no hicieran falta sus informes, sus palabras, sus avisos, sus protestas. Pero, hoy por hoy, las cosas son como son. Desde la historia ecológica debemos atender a las razones de por qué se ha llegado hasta aquí y, para ello, convertir al medio ambiente en una viga maestra de la historia en construcción, con la condición de que no deje de lado los temas clave del poder, el Estado y la dialéctica de la vida política.

La historia ambiental puede ayudar a enriquecer la cultura historiográfica con nuevos temas y distintas sensibilidades pero, al mismo tiempo, si se sostiene por medio de un esfuerzo teórico continuado, aspira a transformar sustancialmente aquellos paradigmas basados en el conocimiento parcelario de matriz mecanicista. Ese camino ya se ha abierto y las páginas siguientes pretenden, con modestia, continuar transitando esa senda.

